



idéntica. Como ha escrito Aranguren, ser hombre no es coincidir consigo mismo. Pero, por otra parte, yo soy ahora el mismo que antes y que después. Lo que hay es una esencial mismidad del yo, que no es "identidad" en el sentido de las cosas o, aún más, de los objetos ideales. En definitiva, somos una singular mismidad, que no excluye la variación, sino que se nutre de ella.

TRADICION E INNOVACION

Esta es la cuestión y pienso que desde estos planteamientos —más allá de cuestiones terminológicas— se ha elaborado este trabajo de Abellán. Se trata, según propias palabras del autor, de "hacer pie en nuestra tradición, como el gigante Anteo volvía a la tierra para recuperar fuerzas", que "es lo que nos puede dar fortaleza para construir el futuro, porque el pasado, cuando se estudia críticamente, es hondamente liberador". Además, esta obra de Abellán se mueve en un ámbito de integración y no de exclusiones. El estudio de nuestra tradición intelectual sólo resulta fecundo históricamente cuando se hace desde un talante integrador que excluya todo parcialismo. "Siempre que se habla de tradición en España —escribe Abellán—, parece que las derechas se sienten llamadas con un sentido de monopolio y de propiedad exclusivistas. Por el contrario, las izquierdas —en su afán de renovación progresista— han colaborado a ese movimiento de monopolización con un impulso entreguista: su deseo de innovación total les ha llevado habitualmente a partir de cero y a hacer tabla rasa de nuestra historia". Y oportunamente trae a

colación un testimonio de Menéndez Pidal, que, en un análisis crítico de la cuestión, sentenciaba que el pesimismo histórico de las izquierdas constituía una manifiesta inferioridad de las mismas. "Con extremos partidistas

—escribió don Ramón—, abandonaron íntegra a los contrarios la fuerza de la tradición". Una tradición que, nos recuerda Abellán en este libro, incluye hechos tan considerables como el erasmismo, la doctrina antropológica y teológico-jurídica de la colonización americana, la teoría del Estado de la Contrarreforma, las múltiples elaboraciones del mito de Cristo, la idea del príncipe cristiano, los vitalismos de Unamuno y Ortega, el eticismo krausista del siglo XIX, el liberalismo anticolonialista y la actual crítica de la sociedad de consumo.

INDICE DE LA OBRA

"Historia crítica del pensamiento español" está prevista en

cuatro tomos, de los que han salido los dos primeros, en excelente edición, con gran riqueza de ilustraciones y de índices alfabéticos y bibliográficos. El primer volumen contiene un planteamiento metodológico de la obra y una introducción histórica al tema de la misma. El pensamiento romano, árabe y judío en España se estudia como un antecedente de lo que va a ser la filosofía en los primeros reinos cristianos, donde ya se esbozan los presupuestos sobre los que se va a conformar el futuro pensamiento español. El segundo tomo centra su atención sobre el siglo XVI y la llamada Edad de Oro con un planteamiento directo del problema de la existencia o no de un renacimiento filosófico español, al

ADIOS A LAS LETRAS

La década

NOS hemos reunido los columnistas de este país.

La cena no ha estado muy concurrida. No fue ni siquiera Josep Meliá, mi antiguo amigo, el que una vez confundió a Brskine Cadwell con Taylor Cadwell y nos dio por televisión un discurso literario totalmente apócrifo. No me acordé de recordárselo a los Reverte, cuando hicieron aquel famoso perfil del inclito secretario de Estado para la Información.

Javier Pradera le ha dado una buena reprimenda al secretario de Estado para la Información. No le ha dicho lo esencial, sin embargo; él estaba bien confundiendo escritores. Para confundir al público español estaba mucho mejor León Herrera y Esteban, a quien, por cierto, me encuentro de vez en cuando por la calle de Serrano llevando a ninguna parte un comunicado.

No fue casi nadie a la cena, digo, porque los columnistas de este país viajan mucho ahora. Llamamos a Capmany, a quien queríamos hacer nuestro decano, y nos encontramos que estaba en Argentina, seguramente buscándole seudónimo a Videla. Ya una vez le encontró uno a Fernando Abril Martorell —Fernando el caótico, le llamaba—, y tuvo un éxito tan feroz ante sí mismo, que luego no dejó de recordarnos que él había sido el autor del invento.

Tampoco fue Emilio Romero, que tenía una cena con José Ramón Alonso. Ambos pasaron la minuta a sus respectivos Ministerios, para que no sufrieran ni las arcas de Auger ni las de Clavero Arévalo. Los dos tomaron lo mismo: sopa de pescado de primero y pato a la naranja de segundo.

Quien sí estuvo fue Pazueto, que trajo recado de Haro Tecglen sobre la ausencia de éste, que veía entonces el drama *El alcalde de Zalamea* y

escribía una interpretación sobre el viaje de Tierno a Moscú. Los críticos de teatro siempre han tenido en la vida municipal una temática muy rica.

Manuel Vázquez Montalbán y Sixto Cámara asistieron, como un chorizo de Vich, embutidos en un solo cuerpo, con una única mirada, un solo puro —un Condal del 6, precisamente— y una obsesión fija: comer morteruelo. No había, por lo que rápidamente comisionamos a Rupérez, que entonces estaba en Cuenca en no sé qué ceremonia de desintoxicación y reposo, e hizo que algún ángel de la guarda de aquella tierra nos trajera al punto un morteruelo bien cocido.

Francisco Umbral estaba aquellos días en París, para cumplir su cita anual con el dentista de Jean-Paul Sartre, quien siempre le confunde con Cándido cuando alza la vista y cree ver delante de sí al mismo Rousseau con pantalones de Ermengildo Zegna. Cándido sí estuvo, acompañado esta vez de Nativel Preciado, que es una de las columnistas españolas que yo más aprecio, no sé si por sus ojos, por lo que escribe o porque se come los bolígrafos caros por la parte de atrás.

Mi redactor-jefe, Víctor Márquez, fue invitado para que contara qué le cuentan Antonio Garrigues y sus trilaterales sobre lo que va a ocurrir en este país en 1980. "Yo no me enteré de nada", dice el onubense, mientras daba fin a una bullabesa. Desde tierras alemanas, Joaquín Rábago envió un telegrama que Cristina Rubio nos transmitió: "Díganle a Arri que no vaya a ese mitin, que ha sido organizado por las SS del columnismo". Arri, mezclado con su novela, comentó haciendo una seña con su bolígrafo de oro: "Pero, ¿qué es lo que dice este tío?".

Murió el año, pero nosotros ya nos hemos cenado una década. ■ SILVESTRE CODAC.